

Los refranes de mamá



Rosa Elena Acevedo

Diciembre 2025

LOS REFRANES DE MAMÁ

De donde nace la idea

Cuando mamá cumplió 80 años, empecé a darle forma a una idea que para nosotros, sus hijos, nietos y bisnietos, poco a poco se ha ido convirtiendo en un legado, en una herencia silenciosa, en un modo muy particular de ser y de actuar: Sus refranes, ***“Los refranes de mamá”***.

Quería escribir sobre esa manera tan única que tenía de hablar de la vida, de interpretar cada situación y de darle sentido a cada momento, a través de frases que seguramente aprendió de mi abuelo, de mi abuela y de todas las experiencias que le han regalado estos 88 años de vida. Así que llevo ocho años con esta idea dando vueltas en la cabeza, y creo que por fin llegó el momento. Aquí vamos. Estoy segura de que, *“a trancas y a mochas”*, como siempre decía mamá cuando las cosas costaban, irá tomando forma esta pequeña recopilación que llamaré *“Los refranes de mamá”* o *“Los refranes de la Nana”*, porque nunca quiso que le dijeran abuela.

En fin, sus hijos y nietos hemos ido recopilando esas frases emblemáticas de mamá que por supuesto hoy repetimos en nuestra rutina diaria, las repiten los bisnietos y dentro de poco su tataranieta. Las reconocemos mezcladas entre nuestras propias palabras y nos llena de amor y de gracia escuchar a los más pequeños decir *“es que a usted se le carga la sal”*, frase clave de mamá para advertirnos que ya estábamos empezando a cruzar los límites y que nos preparáramos para lo que venía después.

Mamá ha tenido frases para expresar alegría, tristeza, superación, empuje o burla, y también sentencias lapidarias que habrían destruido a cualquiera con baja autoestima, como *“No sirve ni pa’ taco de escopeta vieja porque no revienta el cartucho”*, una frase retadora que dejaba al descubierto nuestras incapacidades y al mismo tiempo, nos empujaba a intentar de nuevo. Porque si algo siempre ha tenido mamá es la capacidad de animar en medio de la adversidad y de enseñarnos a tomarnos las cosas con

calma, recordándonos que *“yo no me voy a matar la vida para que otro viva contento”*.

A menudo nos encontramos evocando las frases que marcaron nuestra infancia, sumando otras, rescatando las menos comunes, pero sobre todo intentando comprender a fondo lo que quería decir cuando las pronunciaba. Incluso hemos recurrido a la investigación para descifrar expresiones como aquella que soltaba al ver a alguno de nuestros pretendientes y sentenciaba: *“este no tiene patas de bailar con quimbas”*; mucho tiempo después supe que las quimbas eran unas botas con las que no cualquiera podía bailar, y que, con ese refrán, el susodicho quedaba marcado para siempre.

Esta narrativa, en algunos momentos, estará conjugada en tiempo pasado. No porque mamá se haya ido, sigue viva, presente y hermosa, sino porque desde un ACV en febrero de 2022 su forma de vivir cambió, y con ella, la nuestra. Habla poco y habita una calma profunda; aun así, en ese silencio, sus gestos siguen siendo los mismos y lo que dice con la mirada a veces vale más que mil refranes, sobre todo cuando se trata de *“mamar gallo”*, una de sus facetas favoritas.

Y así, entre risas, advertencias y sentencias disfrazadas de refrán, no pretendo explicar a mamá ni traducirla del todo, porque sería imposible; pretendo más bien dejar constancia de su voz, de su manera de estar en el mundo y de enseñarnos a vivir sin darse ínfulas de maestra. Estas páginas son un acto de amor y de memoria, una forma de decirle gracias por tanto dicho oportuno, por cada frase que nos sostuvo, nos corrigió o nos hizo reír cuando no quedaba mucho más por hacer. Si algún día alguien se reconoce repitiendo uno de estos refranes sin saber de dónde viene, que sepa que viene de ella, de la Nana, de su sabiduría cotidiana y de esa herencia invisible que no se guarda en cajas, sino en la manera de mirar la vida... *“a trancas y a mochas”*, pero siempre de frente

UN POCO DE MAMÁ

Mi mamá nació en 1937, en algún punto del planeta situado entre Venezuela y Colombia, muy cerca del estado Táchira. Mujer de frontera, criada en zonas rurales, tuvo como mayor referencia a un padre campesino y amoroso, dedicado a una economía de subsistencia que los obligaba a desplazarse constantemente entre ambos países; de allí que nunca hubo certeza de su lugar de nacimiento, ella había nacido *“por ahí”*, entre Colombia y Venezuela. Su infancia y juventud estuvieron marcadas por el trabajo duro, el apoyo en la crianza como hermana mayor de nueve hermanos, y su rol como mano derecha de su papá en las faenas del campo.

En aquellos años, la frontera era porosa, la gente se movía a pie o en bestia de un lado a otro sin mayores complicaciones. Así, mamá creció impregnada de ambas culturas y, por supuesto, de refranes de los dos países: algunos propios del campo venezolano, otros muy colombianos y otros tantos que sospechamos escuchó alguna vez y decidió adoptar, porque, a decir verdad, nunca los he oído en ninguna otra parte; algunas veces he pensado que los inventó, le gustaron y se los quedó.

Cuando se une a papá, por allá por 1953 o 54, se va a vivir a Rubio (Táchira) y, como ella misma recuerda, *“fue la primera vez que vi salir agua de una tubería”*, una experiencia que la marcó profundamente, pues junto a esas comodidades llegó también la estabilidad, desde la humildad que ofrecía el sueldo de telegrafista de papá. Mamá tuvo entonces la certeza de que no quería volver al campo y de que en Rubio se iba a quedar. Un buen número de años de su vida transcurrieron entre telegrafistas repartidores y recepcionistas; a muchos de ellos los consideró como hijos, sobre todo a los más jóvenes. Y como hijos, en más de una ocasión, también los persiguió para castigarlos, los regañó como niños y los puso a caminar derecho. Siempre recibió de ellos respeto y agradecimiento. La mayoría ya no está en este mundo, pero estoy segura que muchas de las cosas que mamá sabe, también las aprendió de esa gente maravillosa del telégrafo.

Cuando papá se jubiló, nos mudamos mamá, papá y los 7 hijos, a la casa que ella misma ayudó a construir, ese lugar mágico que nos reúne siempre y que aún le permite a mamá sentarse en el porche a recibir el sol de la mañana. Desde allí saluda a todo el que pasa y si alguien no la ve, ella levanta la mano de todos modos, regalando saludos y sonrisas. Allí es feliz, y nos ha hecho felices a quienes hemos tenido la dicha, la grandeza y el honor de pertenecer a la descendencia que ella formó junto a papá y que sigue formando a su manera, tal como siempre ha creído que es lo mejor.

Pero no quiero desviarme del propósito principal de esta recopilación, que es intentar comprender sus refranes y situarlos en el momento exacto en que los decía. Con uno solo era capaz de definir personas, cosas y acontecimientos presentes o futuros; de regañar, burlarse, castigar e incluso ignorar. ¡Cuánta sabiduría encerrada en cada uno de ellos! Bien empleados, en el instante justo, podían decirlo todo. Como cuando nos íbamos de parranda, regresábamos al día siguiente y nos recibía con la frase *“llegó el perro del Monroy”*, expresión cuyo significado nunca llegamos a entender del todo, pero cuyo desenlace conocíamos perfectamente... y el susto que eso implicaba, pues según ella, el perro del Monroy, entraba y salía sin pedir permiso a nadie, cosa que mamá nunca pensó permitir.

LA PENSIÓN CHOCECO

Desde su trono, en el porche de su casa, con una taza de café negro humeando entre las manos y un pedazo de pan dulce tachirenses, es como siempre quiero recordarla. Así la imagino siempre, dueña de ese espacio que parecía pequeño, pero que en realidad contenía al mundo entero. Desde allí observaba la vida pasar, saludaba a quien cruzara la calle y gobernaba, sin saberlo, una casa que nunca fue solo suya.

Era la “Pensión Choceco”, como ella misma bautizó su hogar, dejando claro que todo el que pasara por ahí comía o dormía, sin preguntas ni explicaciones, porque así era su manera de estar en el mundo. Y aunque muchas veces protestara, se levantaba de su trono para revisar qué había quedado para “*el ánima sola*”, ese poquito de comida que siempre hacía de más, pensando en el que llegara con hambre, con necesidad o simplemente con ganas de probar su sazón. Un gesto sencillo, casi invisible, que decía más de ella que cualquier discurso.

No exagero al decir que su comida era la más exquisita del mundo; tenía ese sabor que solo da el amor puesto a fuego lento, tanto que mis hermanas y algunas nietas aprendieron de ella ese arte heredado que no se escribe, sino que se repite con las manos. Eso sí, la porción del ánima sola era justa, medida con sabiduría, porque “*si quieren más se van para el hotel*”, frase que no dejaba lugar a dudas de que en ese momento no había más nada que ofrecer. Y cuidado con servirse de más, porque entonces llegaba la sentencia final, dicha sin levantar la voz pero con total claridad: “*tiene más hambre en los ojos que en la barriga*”.

CUANDO LA LECHE NO ES MAZAMORRA

Mamá también tenía un don especial para identificar cuándo las cosas se iban a poner difíciles. Una facultad que, lo confieso, muchas veces odié. Ella advertía, avisaba, dejaba caer la frase como quien no quiere la cosa; nosotros muchas veces hacíamos oídos sordos y seguíamos adelante convencidos de que esta vez sería distinto. Pero no, al final, siempre acertaba. Tenía algo de adivina y algo de bruja, de esas buenas, pero sobre todo una puntería infalible para leer a la gente y a las situaciones. Amaba o simplemente ignoraba, porque no creo que haya sabido guardar odio en su corazón, pero sí sabía perfectamente a quién ponerle atención... y a quién no.

Y cuando uno veía todo fácil, se lanzaba confiado, convencido de que esta vez la cosa iba a salir bien, y no podía, ella remataba con su frase inconfundible: “*creen que la leche es mazamorra*”. Todos la hemos

repetido alguna vez, quizá sin entender del todo lo que encerraba. Hoy comprendo que era su manera de bajarnos de la nube, de decirnos que por ahí no era, que la cosa no era tan sencilla como parecía y que no todo se resuelve a la primera. Porque, como también sabía bien, *“después del ojo afuera, no vale Santa Lucía”*. Y así, sin necesidad de explicaciones largas, nos dejaba la lección servida... aunque muchas veces la entendiéramos tarde.

CADA LORO A SU ESTACA

Madre de siete hijos, en un hogar donde nunca faltaron primos, tíos ni amigos de infancia que terminaron sintiendo esa casa y esa familia como propias, crecimos rodeados de gente, de voces que se cruzaban, de pasos que iban y venían, de risas que rebotaban en las paredes. Aquella no era una casa silenciosa: era una casa viva y como todo muchacho, nuestro principal interés era jugar, hacer travesuras y divertirnos sin medida; ayudar en las tareas del hogar no entraba precisamente en la categoría de lo divertido, sino en la de lo obligatorio, porque así se hacía y había que cumplirlo. Y mamá se encargaba de que nadie lo olvidara.

Todo ese ir y venir se mezclaba con discusiones pasajeras, carcajadas repentinas y carreras interminables por esa maravillosa casa de corredores y patio central siempre mirando al cielo, como testigo de nuestras andanzas. Allí aprendimos a caer y a levantarnos, a ganar y a perder, a convivir y a compartir. Y mamá estaba siempre ahí, firme, vigilante, sosteniendo ese pequeño universo con una autoridad para la que tenía la fuerza suficiente y también la moral.

Cuando la noche terminaba de caer y el cansancio empezaba a asomarse, llegaba la orden inapelable, dicha con tono definitivo: *“cada loro pa’ su estaca”*. Era la señal clara de que el día había terminado. Entonces nos íbamos retirando poco a poco a las habitaciones, todavía con historias por contar, pero ahora en voz baja, casi en susurros, porque todos sabíamos que un segundo llamado podía ser peligroso y si nos atacaba la risa como era costumbre, nos hacía el llamado de alerta *“ya se les cargó la pernicia”*. Y así, entre risas contenidas y silencios obedientes, mamá cerraba la jornada, papá apagaba las luces y se iba poniendo orden en el caos, dejando lista la casa para empezar de nuevo al día siguiente.

AGRADECER, SIEMPRE AGRADECER

No era extraño entrar a la cocina y escucharla cantar “eran las 3 de la tarde cuando mataron a Lola”. Siempre esa canción, como si formara parte del ruido cotidiano de la casa; no sé por qué la cantaba, nunca se lo pregunté, simplemente estaba ahí, tarareándola una y otra vez, sin darse cuenta de que se nos iba quedando pegada para siempre en la memoria. A veces pienso que hay canciones que no se eligen, que se heredan sin saberlo o que simplemente acompañan la vida como un eco constante. Y esa, por alguna razón que aún no logro explicar, acompañó la suya.

Si le preguntábamos cómo estaba, respondía con naturalidad, casi sin pensarlo: “*aquí, quejando y comiendo*”. Para nosotros era una frase cotidiana, repetida tantas veces que parecía automática, pero hoy entiendo que encerraba una filosofía entera. Era su manera sencilla y honesta de decir que la vida no siempre es perfecta, que a veces duele y a veces pesa, pero que aun así se sigue adelante. Que mientras haya algo para comer, algo que hacer y alguien

alrededor, vale la pena continuar, sin quejas excesivas ni falsas apariencias; ante cualquier buena situación, por sencilla que pareciera, se dejaba oír su “*demos gracias al Señor*”, dejando claro quien era el hacedor de esos logros.

Tan generosa como agradecida, dos cualidades que siempre definieron a mamá. Frente a lo que recibía o a lo que daba, podía decir “*antes gracias por la posada, dijo el arriero*”, pero esto no era un “*gracias*”, era un “*agradezca hija*”. Con los años he comprendido que esa frase nos enseñó a agradecer y a valorar cualquier gesto, por pequeño que fuera. También llevaba implícito un llamado a no ser exigentes, a reconocer los límites de los demás y, al mismo tiempo, a marcar los propios cuando algo no era posible. Y siempre, siempre, a rescatar algo bueno incluso de las situaciones difíciles, porque, como ella recordaba con sabiduría popular, “*del ahogado, el sombrero*”, señalando que incluso en medio de la pérdida o la dificultad, algo se puede salvar y agradecer.

FRASES QUE ENDEREZAN

Y claro, estaban esas palabras suyas, usadas para definirnos según el momento y el nivel de paciencia que le quedara ese día. Entre las más suaves: zurrón, sarnícalo, emplasto, cabeza de gallina, galápago y otras tantas que, aunque hoy nos sacan una sonrisa, en su momento venían cargadas de intención correctiva.

Muchas veces esas palabras eran solo el preámbulo de la advertencia mayor: “*van a llevar más palo que un burro alquilado*”, dicha para ver si se nos quitaba de una vez la “*patanería*”, o para que “*dejen la pernicia*”. No hacía falta que levantara la voz; bastaba con que soltara la frase para que supiéramos que estábamos caminando por terreno peligroso.

Todavía me parece escucharla decir “*se vuelven puras papas*” cuando no lográbamos hacer nada bien de lo que ella pedía, cuando nos enredábamos, tardábamos o simplemente no dábamos pie con bola. Pero si reaccionábamos a tiempo, si obedecíamos antes de que el desastre se consumara, entonces llegaba la

sentencia salvadora: *“ahora si le rumbea el tortolo”*, dicha entre risas, casi celebrando que finalmente hubiéramos entrado por el aro. Mucho tiempo después supe que esa expresión viene de tierras tan lejanas como Uruguay y Argentina, usada de forma irónica para decir “ahora sí entendió” o “ahora sí va por buen camino”. No pude evitar reírme sola al leerlo, pensando que mamá tenía clarísimo lo que quería decir. Lo que todavía no logro entender es cómo una frase de tan lejos terminó instalada, con toda naturalidad y para siempre en el repertorio inconfundible de la Nana, que ante nuestras incapacidades, se retiraba de la escena con la frase *“Pobre Venezuela con sus hijos tan pa’un carajo”* jajaja hasta patriota resultaba lamentando que en ese momento no sirviéramos para mucho.

SE PUSIERON LA PINTA

Y hasta para la forma de vestirnos mamá tenía sus dichos, porque en su mundo nada pasaba desapercibido, ni siquiera un botón mal puesto o una camisa repetida demasiadas veces. Si insistíamos en usar la misma ropa una y otra vez, sentenciaba que nos estábamos poniendo *“el mismo huesito de Salazar”* o que andábamos con *“la talla veintiúnica”*, dejando claro que, para ella, la variedad también era una forma de dignidad; enemiga de andar en pijama o despeinada y mucho menos *“oliendo a mono rodado”*.

Si el cierre del pantalón se quedaba abajo, no había escapatoria: estábamos *“vendiendo*

guarapo”, frase que bastaba para provocar carcajadas ajenas y una vergüenza inmediata. Y si por el contrario, salíamos bien arreglados, peinados y con ganas de gustar, entonces nos dedicaba una de sus observaciones favoritas: *“se vistieron los Jaimes”*. Nunca supimos quiénes eran esos Jaimes ni de dónde venía la expresión, pero lo cierto es que la frase quedó instalada para siempre en nuestro lenguaje cotidiano. Hoy la repetimos entre nosotros, casi sin pensarlo, cada vez que alguien *“se pone la pinta”*, recordando que, incluso en los detalles más simples, mamá encontraba la manera de decirlo todo.

SIN APATUSQUERÍAS

Mamá siempre ha sido una mujer práctica, de esas que no se andan con rodeos ni por las ramas, directa siempre, una mujer sin *“apatusquerías”*, como ella misma decía, enemiga declarada de la *“carañería”* y firme defensora de las cosas hechas *“sin tanta culequeadera”*. Palabras que, aunque parecían sacadas de otro idioma o de un diccionario inventado por ella misma, resumían a la perfección su manera de ser.

Totalmente alérgica al drama, poseedora de una fortaleza inquebrantable y poco amiga de los detalles innecesarios, sobre todo de aquellos que implicaban trabajo extra sin un propósito claro, mamá vivió siempre con una lógica sencilla y firme. La vimos despedir a sus querencias sin llantos exagerados, sin culpas ni reproches al destino, sin sentir que el mundo se desmoronaba. En esos momentos de dolor profundo, cuando el silencio pesaba más que las palabras, decía simplemente *“así es la vida”*, tragaba

grueso y seguía adelante. Nunca la vi caerse, y quizá por eso aprendimos que la fortaleza también puede ser silenciosa, digna y serena.

Durante muchos años, el cariño se demostraba más con hechos que con abrazos. La vida la había hecho fuerte, firme, casi impenetrable, y acercarse a ella para besarla o abrazarla era un acto que requería valentía. Cualquier intento excesivo era cortado de raíz con un contundente *“deje la tentadera y la sobadera”*, frase que funcionaba como muralla protectora frente a los excesos de afecto. Sin embargo, después de la muerte de papá algo empezó a cambiar y poco a poco, su carácter se fue suavizando y comenzó a dejarse querer, besar, abrazar y amapuchar, aunque no siempre. Y aunque nunca perdió del todo su esencia, estoy segura que, incluso en sus años más duros, le daba una profunda felicidad saberse amada y admirada por encima de todo, aunque no siempre supiera, o quisiera decirlo.

EL CAMBIO QUE POCO A POCO FUE LLEGANDO

Hoy puedo entender mejor que criar siete hijos de edades tan cercanas nunca fue tarea sencilla. Hoy, con los años y la distancia que da el tiempo, puedo ver con claridad aquello que antes no alcanzaba a comprender: sus desvelos interminables, sus angustias silenciosas, ese cansancio físico extremo de atendernos a nosotros y a una casa enorme que parecía no descansar nunca. Hoy puedo sentir en el cuerpo lo que ella sintió tantas veces: el peso de la responsabilidad, las preocupaciones que no se decían en voz alta, las tristezas guardadas para no inquietarnos. Hoy sé que muchas de sus fuerzas se gastaron en silencio, sin aplausos y sin reconocimiento, simplemente porque había que seguir.

Y, sin embargo, dentro de esa mujer firme y aparentemente inquebrantable, siempre habitó un corazón que esperaba su momento. Con la llegada de los nietos y luego de los bisnietos, algo empezó a cambiar. Poco a poco fue transformándose en una persona menos rígida, más apacible, más dispuesta a reírse y a dejarse alcanzar por la ternura, permitió que las nietas y nietos le hicieran juegos y bromas y se sumaba con alegría y su sarcasmo natural. Aunque seguía sin gustarle la tentadera ni la sobadera, empezó a aceptarlas de a poco, como quien aprende un idioma nuevo. Se reía mientras recordaba historias, y aún hoy día se ríe cuando nosotros las contamos, sabemos que las entiende. Se deja abrazar un segundo más, y en esos gestos breves deja ver que, detrás de tanta firmeza, siempre hubo un amor inmenso, paciente, esperando el momento justo para salir a la luz.

LA SABIDURÍA

Mamá siempre ha sido sabia, difícil de engañar. Por más que lo intentáramos, nuestros esfuerzos casi siempre terminaban siendo inútiles. Tenía esa capacidad inquietante de ver más allá de las palabras, de leer los silencios, las miradas esquivas y las respuestas a medias. Con sus cejas arrugadas y esa calma que desarmaba más que cualquier regaño, soltaba sin titubear: *“yo conozco el pan que se amasa en casa”*. Y con eso quedábamos al descubierto, porque ya lo había visto venir desde antes de que nosotros mismos entiendiéramos en qué nos habíamos metido.

Tampoco fue amiga de la lentitud ni de la espera innecesaria. Mamá mandaba, y había que

obedecer. No porque gritara, que lo hacía fuerte, sino porque su autoridad no necesitaba explicación. No toleraba que nos quedáramos *“mirando la luna creyendo que es arepa”* ni *“pensando en los hijos de doña Trina”*. Nunca supimos quién era Trina ni qué tan guapos serían sus hijos, pero esa frase bastaba para sacarnos de cualquier distracción. Su llamado se resumía en *“mueva el culito Teolinda”*, que era la advertencia clara de que no estábamos presentes, de que no estábamos en la jugada justo en el momento en que ella lo pedía. Y en su mundo, ese momento importaba, porque sabía, como solo saben las madres sabias, que el tiempo también educa.

EL ESCUDO DE PAPÁ

Papá, telegrafista por vocación y por compromiso, dedicó su vida a esa misión silenciosa que unía voces, noticias y destinos. En casa, su presencia era sinónimo de calma. Siempre estuvo ahí para defendernos de cualquier peligro y, muchas veces, también para encubrir nuestras travesuras, suavizando las faltas y buscando la manera de que mamá no se enterara de todo. Con él cerca, nos sentíamos protegidos, valientes y respaldados, como si nada malo pudiera alcanzarnos mientras su figura estuviera en casa.

Pero mamá sabía, lo adivinábamos en la firmeza de su postura y sobre todo en la mirada de esos ojos verdes que todo lo veían, aunque guardaran silencio. Aunque no dijera nada en el momento, sabíamos que la historia no había terminado, que quedaba una cuenta pendiente. Y esa certeza tenía nombre y sentencia: *“a cada marrano gordo le llega su sábado”*. Y así era, bastaba con que papá se fuera a trabajar, con que el escudo se ausentara, para que llegara el momento de rendir cuentas. No como castigo vacío, sino como parte de ese equilibrio familiar donde uno protegía y la otra corregía, y entre ambos nos enseñaron a caminar la vida con respeto, amor y responsabilidad. Claro que si el castigo nos generaba llanto nos decía a modo de consuelo burlón *“llore hasta que se le pare el ombligo”*.

GRACIAS MAMÁ

Esta compilación nace de la certeza de que hay sabidurías que no se escriben en libros, sino que se repiten en la cocina, en el porche, en medio de un regaño o de una risa. Los refranes de mamá no son frases sueltas, son una forma de estar en el mundo, de nombrar la vida cuando no había tiempo para explicaciones largas. Con ellos nos enseñó a levantarnos, a medirnos, a no creernos más de la cuenta y a entender que casi nada es tan fácil como parece, porque *“cuando no es por el roto es por la quebradura”* y porque no siempre *“la leche es mazamorra”*. En cada dicho había una advertencia, una caricia escondida o una lección servida a tiempo.

Mamá habló poco de teorías y mucho de realidad. Su sabiduría fue práctica, directa, a veces filosa, pero siempre honesta. Nos enderezó con palabras, nos frenó cuando *“se nos cargaba la sal”* y nos hizo entender que el tiempo, la atención y el respeto también educan. Supo leer personas y situaciones con una claridad que aún hoy asombra, porque *“yo conozco el pan que se amasa en casa”* no era solo una frase: era una manera de mirar sin engaños. Y aun en los días duros, nunca perdió la capacidad de reírse, de cantar en la cocina, de decir *“aquí, quejando y comiendo”* como quien acepta la vida tal cual es y sigue adelante.

Papá fue el otro pilar silencioso de esta historia. Telegrafista por oficio y protector por naturaleza,

fue el escudo que nos dio calma, el cómplice discreto que suavizaba las travesuras y nos hacía sentir seguros. Mientras él estaba, el mundo parecía menos peligroso. Pero mamá sabía, siempre supo, que toda acción tenía consecuencias y que *“a cada marrano gordo le llega su sábado”*. Entre uno que protegía y la otra que corregía, aprendimos el equilibrio: el amor firme, la responsabilidad y el respeto que se construyen en familia.

Hoy, al reunir estas historias y estos refranes, no intento explicarlos del todo, porque perderían su magia. Esta compilación es, más bien, un acto de gratitud a mamá, por su voz hecha sentencia y ternura; a papá, por su presencia serena; y a la vida compartida, que nos dejó una herencia invisible pero poderosa. Si algún día alguien repite una de estas frases sin saber de dónde viene, o se sorprende corrigiendo con humor, amando sin alharaca y caminando con dignidad, que sepa que esa manera de estar en el mundo viene de ellos, de la Nana, de papá, y de una familia que aprendió a vivir, como casi todo lo importante, *“a trancas y a mochas”*, pero siempre de frente y que aun, a pesar de las adversidades, las distancias y las ausencias de los que han partido, lucha por mantenerse unida en torno a mamá.